

Bienaventurados...

Dios nos quiere felices. Dios es feliz en la comunión de las Tres Personas divinas desde siempre en el cielo. Dios no ha querido guardar su felicidad sólo para sí, sino que quiere hacer al hombre partícipe de esa felicidad para siempre. Por eso, en el Sermón de la Montaña, Jesús, que promulga la nueva ley del amor, nos llama a la felicidad con promesa divina, que se cumplirá infaliblemente. Una vez más aparece Jesús a la altura del Dios del Sinaí, señalando el camino que hará felices a los hombres, en la tierra y en el cielo.

Esa felicidad a la que somos llamados tiene que pasar por caminos desconcertantes: la persecución, el sufrimiento y las lágrimas, la lucha por la justicia, etc. Pero la novedad del mensaje está en que Jesús no sólo lo propone, sino que nos hace capaces de vivirlo así. Para muchos personajes importantes en la historia, incluso no cristianos, esta página de las bienaventuranzas les ha resultado como el mejor resumen de todo el Evangelio.

En realidad, en esta página encontramos un autorretrato del mismo Jesús. El no sólo es el nuevo legislador, por encima del antiguo Moisés, sino que él mismo es el contenido del mensaje. El es la buena noticia para todos los hombres. Jesús ha sido pobre y humilde, como los pobres de Yahvé, cuya confianza está puesta sólo en Dios, no en uno mismo ni en los hombres. Él ha sufrido y ha llorado, con hambre y sed de justicia, la sed del Espíritu Santo, asumiendo voluntariamente la Cruz, donde manifiesta su amor hasta el extremo. El es limpio de corazón, en él no ha habido pecado, sino que limpia los pecados de todos los hombres con su sangre. El es la misericordia del Padre para todos los hombres, el pastor que busca la oveja perdida y la carga sobre sus hombros sin reñirla.

El cristianismo no es un simple código moral. Es el encuentro con una persona. Es el encuentro con Jesucristo, cuyo perfil se dibuja en las bienaventuranzas. El cristianismo no es una ideología, es una vida vivida por el Hijo de Dios y puesta al alcance del hombre por el don de su Espíritu Santo. Sólo entiende las bienaventuranzas quien trata con Jesús, quien se deja seducir por él, quien se pone en camino de vivir esa nueva vida que Jesús ha predicado en el Sermón de la Montaña. Quien se sitúa en este camino, vive alegre y contento, aunque le insulten, le persigan y le calumnien. La alegría del discípulo es la de parecerse al Maestro, y su recompensa será grande en el cielo.

+ *Demetrio Fernández, obispo de Tarazona*
03.02.2008